

Centro Teológico Manual Larraín
Grupo Experiencia de Dios - 2015

Jueves 19 de marzo

Participan: Cristián Johansson, Luis Oro, Sylvia Vega, Carlos Schickendantz, Ana María Stiven, Diego Irarrázaval, Samuel Yáñez, Ana María Vicuña, Roberto Aguilera, Diego García.

Situación de Jorge Costadoat

Nuestra primera reunión del año estuvo muy condicionada por la noticia producida una semana antes en orden a que el cardenal Ricardo Ezzati retiró la misión canónica para enseñar en la Facultad de Teología de la PUC a Jorge Costadoat, miembro del grupo. No todos los participantes en la reunión estaban al tanto de la noticia, y de hecho los detalles de la misma no terminaron de aclararse del todo ni aún transcurrido el tiempo posterior a nuestra reunión. Por ese motivo, parte de la reunión estuvo dedicada a reconstruir los hechos y tratar de entender a qué lógica obedecían.

Dentro de las reacciones espontáneas que nos mereció este suceso, hubo muchos sentimientos de tristeza y rabia. Ahí nos enteramos que algunos en el grupo eran veteranos en este tipo de experiencias, durante la dictadura militar. Se interpretó que medidas como esta lo que consiguen es instalar un clima de intimidación y miedo, en este caso en la Universidad Católica. La sanción a uno se entiende como una notificación a todos. Por otra parte, la reunión se realizó casi en las vísperas de asumir como obispo de Osorno monseñor Juan Barros, cuya designación ha despertado mucha resistencia en la diócesis, pero también fuera de ella. De hecho, la ceremonia de su asunción el 21 de marzo fue escandalosa. Es decir, hay un clima generalizado en la Iglesia chilena que es muy desfavorable, y que contribuye a su descrédito. Desde la cúspide, imperan estilos burocráticos de ejercicio de la autoridad -órdenes desprovistas de fundamento amparadas en fórmulas de fantasía como que se procede atendiendo a la “prudencia pastoral”, y que pretenden obediencia desprovista de discernimiento-. En el caso de la vida académica, pareciera que la Iglesia pretende que los suyos sean “intelectuales orgánicos” dedicados a la justificación ideológica de una superestructura existente, antes que a la reflexión creativa, crítica e independiente acerca de la misma. En el caso de Jorge, se interpretó que en la cúspide de la estructura de la Iglesia hay una notoria incomodidad para tratar con el fenómeno de los medios de comunicación. Jorge es un sacerdote que ocupa el espacio público no eclesial para colocar temas de discusión y debatir con personas de todo el espectro de la sociedad, lo que supone que las estructuras institucionales existentes no cuentan con el control de esos debates. Eso es una experiencia de diálogo con el mundo que la Iglesia como conjunto no termina de interiorizar y a la que se resiste de manera muy defensiva, con gran dificultad para exponer razones, y por lo visto con poca confianza en que sus razones podrían prevalecer por la persuasión, sin coacción. Uno de nosotros acota a modo de resumen: “El infierno también es jerárquico”.

Se discutió la posibilidad de emprender alguna iniciativa en respaldo de Jorge. Se propuso redactar una declaración, pero además contactar a los medios para que esto fuera tratado como una noticia. Más gente, fuera del grupo, estaba con una preocupación semejante, y en las dos semanas siguientes la noticia recibió una significativa cobertura en medios de comunicación social, incluso algunos extranjeros en internet. La declaración pública, por su parte, logró reunir un millar de firmas de adhesión y fue publicada en varios medios, y citada en otras tantas crónicas en lo concerniente a la narración, explicación e interpretación de los hechos.

Cómo seguir este semestre

Una de las proposiciones fue abordar *nuestras* experiencias de Dios, cómo nos hace eco a cada uno las experiencias de Dios del otro. Es experiencia tanto de cada uno como experiencia del grupo en su conjunto. Hubo ocasiones anteriores -terremoto de 2010; el caso Karadima- en que el grupo no terminó de abordar esos hechos como experiencias propias, pese a estar concernido en ellas muy de cerca.

Otro asunto que fue planteado fue el de la *hybris* del poder. Desde la investigación del caso PENTA, se están sucediendo hechos que muestran que la sociedad en su conjunto, sus élites pero también el *ethos* social, parecen haber realizado un giro hacia una suerte de culto idolátrico del poder -político, económico, medios de comunicación, cultura, etc. El resultado está siendo más bien desolador, una cura de humildad a la “orgullosa diferencia chilena” (“un buen país en un mal barrio”, etc.), y una interrogante muy seria respecto de qué bases han de cimentar el futuro (¿Qué tan grave es esta crisis? ¿Cómo se la aborda y se sale de ella?).

Noticias

¡El libro *Sexualidad(es) y Evangelio* finalmente saldrá a circulación! Al momento de la reunión se encontraba en imprenta. Dicho libro es el fruto de la reflexión de otro grupo del CTML, y fue elaborado durante un período largo. Podrá animar la conversación durante los meses que restan hasta la realización del Sínodo Ordinario para la Familia en octubre próximo.

Próxima reunión: 16 de abril de 2015. Tendremos que cambiar de sede de reuniones, porque las dependencias del Campus Oriente ya no estarán disponibles.

Jueves 25 de junio de 2015

Participan: Luis Oro, Sylvia Vega, Isabel Donoso, Luis Hernán Errázuriz, Cristián Johansson, Ana María Vicuña, Diego García.

En la práctica, esta ha sido la primera reunión del semestre en condiciones más o menos formales. Para ella, se ofrecieron como textos para animar la conversación un artículo de Jorge Costadoat, “Ke arda todo”; otro de Leonardo Boff, “Recado para el PT: Transformar el desaliento en determinación”, y algunos capítulos del último informe de desarrollo humano en Chile, del PNUD, “Las tensiones culturales de lo político”. Como contexto, un semestre y poco más con muy malas noticias en el ámbito público, debido al descubrimiento de prácticas sistémicas de corrupción y cooptación del dinero privado sobre la acción política -casos Penta, Soquimich- y el caso Caval, que ha lesionado seriamente la credibilidad de la Presidenta y su gestión de gobierno. Todo esto además con una escenografía de cataclismos naturales que han mermado el estado de ánimo colectivo.

El artículo de Jorge Costadoat recibió comentarios dispares. Por una parte, la vinculación de la rabia y la indignación como sentimiento moral de rechazo a la injusticia, mereció elogios. Por otro lado, una tendencia a la generalización con un lenguaje “puntudo” despertó alguna distancia: en estos tiempos, es importante no perder la capacidad de hacer juicios matizados, de no hablar al voleo, de no meter a todo el mundo en el mismo saco.

Sin embargo, de ese artículo y de ciertas tendencias a la despolitización que advierte el PNUD, se siguió una reflexión preocupada por parte del grupo. Hay los elementos para una “tormenta perfecta”, pero paradójicamente, no todos ellos necesariamente negativos. Por ejemplo, parte de la situación de desencanto y hasta desesperanza se debe a un mayor ejercicio de las facultades críticas hacia las elites, lo que forma parte de los beneficios de la modernidad: ciudadanos racionales e iguales. Así, hay una desacralización de los líderes -que incluye desde los políticos y el clero hasta el caso de Arturo Vidal que choca en auto y carabineros cumple con su función de someterlo al imperio de la ley, aunque el país deportivo penda de un hilo: Las enseñanzas del fiscal Gajardo no han sido en vano-. Sin embargo, la ausencia de memoria histórica de los jóvenes y un escepticismo demasiado generalizado, conlleva a que la rabia que experimentan -con justas razones en muchas ocasiones- se traduzca en formas de violencia anómica¹. Son jóvenes con gran capacidad de coordinar acciones, pero no se advierte una capacidad equivalente de darles un norte. Hay una exaltación del activismo, del vitalismo, de la crítica radical a lo establecido. Pero ello genera como consecuencia una reacción de temor no sólo en las élites -que tienden a defenderse a sí mismas sin autocrítica, en lugar de asumir sus responsabilidades por el actual estado de cosas- sino que también en grupos de la población sensibles al discurso que privilegia la seguridad incluso pidiendo “mano dura”. Como advertía el artículo, la rabia sin justicia crece en espiral: rabia contra el sistema, rabia contra los que tienen rabia contra el sistema (y saquean comercios), y así sucesivamente. Así entonces la tormenta perfecta, el caldo de cultivo para mentalidades proto fascistas y para el surgimiento del caudillismo².

Se produjo una entusiasta discusión sobre el *ethos* del político. Que para ser político haya que ser “astuto como serpiente”, ¿implica que el político ha de ser alguien sin escrúpulos, que en nombre del realismo y el pragmatismo en el fondo hace negocios personales a costa del bien común o del interés común, como se prefiera llamarlo? El político, ¿es el que tiene capacidad de tomar decisiones que perjudican a alguien y a continuación dormir bien y sin sobresaltos ocho horas? No todos aceptaron esta descripción, porque no hay que meter en un mismo saco la insensibilidad moral del que está en lo público haciendo negocios privados, junto con aquél otro que tiene conciencia que las decisiones políticas se dan en contextos no óptimos y que suponen algún costo doloroso. La política no es algo que se ejerce en condiciones angélicas, pero el comportamiento corrupto no tiene por qué ser la única alternativa. De no ser así, no tendría sentido promover una ciudadanía más activa y vigilante, o reclamar más comportamiento republicano a los líderes, o proponerse metas como país -justicia social, derechos humanos, etc.-.

Hay una observación más general acerca de cómo somos los chilenos: La historia de la alemana que se casó con un chileno, que finalmente no era de fiar. La alemana en cuestión, que dejó todo para seguirlo a Chile, luego de la decepción y el engaño concluyó que los chilenos somos pollos sin cabeza.

La tarea que nos queda por delante: Tiene que haber motivos para la esperanza, y nuestra responsabilidad es justificarlos. Recuperar la capacidad de introducir matices, dejar atrás los maniqueísmos, tender puentes, reparar escisiones de una sociedad tan estratificada.

¹ Un comentario de la reunión, refiriéndose a esta falta de perspectiva de la protesta juvenil y de cierta irresponsabilidad con que se la ejerce: “Una persona no resiste dos UP y dos dictaduras militares en una sola vida, y estos cabros no han vivido ni una sola de las dos”.

² Hubo, luego del episodio en Valparaíso en que murieron dos estudiantes por disparos de un civil, una columna de Rodrigo Larraín advirtiendo sobre cierto estado de la cultura y del espíritu que guardaría cierta consonancia con fenómenos propios de la Alemania prehitleriana. ¿Será excesiva su aprehensión? <http://www.elmostrador.cl/noticias/opinion/2015/05/26/joven-enfermo-mata-estudiantes/>

Jueves 20 de agosto de 2015

Participan: Luis Oro, Sylvia Vega, Isabel Donoso, Luis Hernán Errázuriz, Cristián Johansson, Diego Irarrázaval, Samuel Yáñez, Carlos Schickendantz, Diego García.

La lectura sugerida para esta reunión fue el capítulo sexto de la Encíclica *Laudato Si'*, del Papa Francisco, sobre el cuidado de la casa común. Dicho capítulo se refiere a la educación y a la espiritualidad ecológica.

Un tema grueso que se fue haciendo recurrente en la conversación fue la constatación de cierta asimetría entre la posibilidad y la necesidad presentes de considerar los grandes problemas de conjunto, en este caso específico, del medio ambiente global y, simultáneamente, una presencia fuerte de tendencias narcisistas, individualistas, una cierta cerrazón al otro, que contradicen la necesidad descrita anteriormente de contar con esa mirada global. Si miramos hacia otra temática, como la económica, vemos cómo hoy mismo lo que ocurre en China tiene capacidades de impacto global bastante inmediatas, no parece posible aislar los efectos planetarios del devenir de su economía. Y al mismo tiempo, lo sintomático que resulta la pre-candidatura republicana de Trump, típico exponente del ensimismamiento chauvinista de la política exterior norteamericana, en su caso, con negacionismo de problemas ambientales y un rechazo agresivo hacia los inmigrantes, por ejemplo.

En el campo de la vida personal y su espiritualidad, nos llama la atención la proliferación de búsquedas, muchas de ellas sincretistas y que conviven más o menos bien con una racionalidad instrumental en otros planos de la vida. El resultado es no pocas veces un egoísmo espiritual, autojustificador, cerrado a la posibilidad de comunión con los otros. Se cita un grafiti pintado en Valparaíso: “Somos libres, que no te importen los demás”. Nuestra vida cotidiana comienza a poblarse de escenas en que eso es muy patente, por ejemplo los viajes en el metro, donde las personas se ignoran unas a otras mientras se concentran en las distintas aplicaciones de sus teléfonos. Es un individualismo que coexiste con una enorme posibilidad de interconexión. Pero esa posibilidad de interconexión muchas veces es superficial, las relaciones cara a cara se sustituyen por relaciones con personas “inventadas” -en las redes muchos actúan a través de pseudónimos o identidades ficticias-, y se descarta o acepta su “amistad” con una despreocupación impresionante. Se trata de vínculos desechables.

Sin embargo, la proliferación de tecnologías de la comunicación y la información, de consumo masivo, que posibilitan a su vez la multiplicación de los vínculos, puede proporcionar posibilidades de comunicación y comunidad, así como una mucho mejor comprensión de las dimensiones globales de nuestros problemas. Una metáfora de todo esto, ocurrida en los mismos días de nuestra reunión, es la emocionante exploración espacial de las superficies de Marte y Plutón. Somos la primera generación en la historia de la humanidad que tiene acceso a esa información tan impresionante. Ya se sabe cómo las tecnologías de la comunicación han sido aprovechadas por distintos movimientos sociales, cómo permiten crear espacios de opinión pública que controlan las acciones de los gobiernos y otros poderes fácticos, llevar a cabo las promesas asociadas a las bondades del pluralismo y la democratización, etcétera. Con todo, esas posibilidades pueden verse frustradas por otras tendencias igualmente observables: muchas agresividad en las propias opiniones, mayor tendencia a dar juicios taxativos que a poner atención a las opiniones ajenas, un cierto voluntarismo decisionista.

Proliferan tribus, y perviven algunas antiguas que privilegiaron lo comunitario, pero que no se conectan suficientemente entre sí. El resultado de esa multiplicación de búsquedas es un paisaje más bien

confuso, que produce mucha perplejidad. No se configura con todo ello una cartografía que nos permita orientarnos mínimamente. Hay lo que algunos han llamado politización sin política, es decir, mucha opinión, no pocas veces de alta calidad, pero desprovista de efectos políticos, en parte por la falta de compromiso cívico más allá del opinar mismo de quienes las formulan.

Hay también un *ethos* de la queja. Se mencionan experiencias actuales como las mesas barriales de Peñalolén, o la deriva que ha tenido la comunidad ecológica en la misma comuna. En condiciones sociales diversas, emerge un patrón de conducta común: la solución de mis problemas, o de nuestros problemas comunes, es responsabilidad de otros, pero no mía. Se observa poca disposición a ofrecer a los demás el propio esfuerzo perseverante y la imaginación para proponer soluciones y no sólo lamentos o peticiones de dádivas -que a la larga nos deshumanizan-. Como siempre en Chile, las ocasiones de catástrofe gatillan muestras de disposición a la solidaridad que dan mucha esperanza, pero que conviven con la acción del pillo, dispuesto a beneficiarse del trabajo ajeno sin hacer su propio aporte. El balance muestra que estamos viviendo nuestra humanidad -como capacidad de vinculación y compromiso hacia los demás- con una baja intensidad, en parte como reacción defensiva y asustada a un ambiente muy agresivo que se ha generalizado.

Yendo pues a la encíclica, y a sus criterios sobre educación y espiritualidad, hubo un juicio global favorable al documento, aunque en aspectos puntuales pueda considerarse discutible. Entre lo favorable, que el Papa se ocupe de cuestiones globales y elementales -como la alegría o el cuidado del planeta-, y menos de asuntos puramente intraeclesiales -como la obsesiva fijación en la sexualidad-, puede ayudar a mejorar la calidad del diálogo Iglesia-Mundo y a desnivelar la balanza en la agenda de los temas de la Iglesia, contribuyendo a pagar esta y otras deudas que arrastran los cristianos, tanto conservadores como progresistas: mujeres, diversidad sexual, iglesias locales, ecumenismo y diálogo interreligioso, entre otras. Hay puntos específicos discutibles, como la idea de familia que transmite el documento, o si la cuestión ecológica alcanza para tema teológico y no puramente tecnológico. Sin embargo, parece obvio que hay cuestiones ambientales -como la contaminación de las ciudades- que se originan en causas antropogénicas y que reclaman cambios de estilo de vida, y en ese sentido la línea argumentativa central del documento es muy atinada y la evaluación de conjunto al respecto es más bien esperanzada que escéptica. Surge la pregunta de si este Papa no está él mismo muy comprometido en lógicas de poder. Hay una apreciación genérica en cuanto a que es ducho en ese ámbito -"fuma bajo el agua"-, pero hay algo igualmente cierto y que obliga a formular un juicio matizado: es probable que el Papa actual, frente a muchos temas, los enfrente desde una matriz más bien conservadora o no particularmente innovadora, y que sea sensible a la dimensión del poder que está en juego. Pero al mismo tiempo, se lo ve dotado con una sensibilidad hacia los seres humanos que es la que se espera precisamente de un pastor o de un padre, distinto de un estudioso de la fe, de un político carismático de masas o de un negociador tras las bambalinas del poder. Su impronta como pastor -casi como cura párroco- es muy visible y es lo que hace creíble sus gestos y escritos.

Jueves 24 de septiembre

Participan: Isabel Donoso, Ana María Vicuña, Samuel Yáñez, Luis Hernán Errázuriz, Carlos Schickendantz, Diego Irrázabal, Diego García.

Cambios en el estatuto de la teología; paciencia y perseverancia

Uno de los asuntos que acaparó la atención de la reunión y que contó con la inestimable contribución de los teólogos del grupo, fue la afirmación del papa Francisco en cuanto a que el Concilio Vaticano II

había revolucionado el estatuto de la teología. Esto tiene una muy fuerte vinculación con la Constitución Pastoral *Gaudium et Spes*, un tipo de documento inédito porque establece una vinculación entre doctrina y pastoral que no se había hecho antes en la historia de la Iglesia. Una de las cuestiones medulares de la sensibilidad del Concilio se relaciona con la adquisición de la conciencia histórica en la marcha de la Iglesia -proceso concomitante al de la generalidad de las ciencias humanas-. El método de Ver-juzgar-actuar que había sido estrenado por la Juventud Obrera Católica belga en la primera mitad del siglo XX es elevado de rango.

En América Latina, esta forma de encarar la realidad a la luz de la fe tendrá recepción en la teología de la liberación y en la conferencia episcopal de Medellín en 1968. Curiosamente, esta sensibilidad no tuvo el mismo impacto en Europa y de hecho, durante el Concilio, los obispos y teólogos alemanes especialmente fueron muy resistentes a admitirla durante la elaboración de *Gaudium et Spes*. Mirado retrospectivamente, la recepción que se hizo de esta sensibilidad en América Latina hoy nos parecería muy elemental. Con posterioridad, se ha tratado de precisar mejor que el momento del “ver” es un momento teológico y no se reduce a una suerte de “sociología cristiana”. Lo que reclama más atención habida cuenta de su importancia es que el hoy puede ser palabra de Dios, tal como lo es la Escritura. El hoy puede ser leído como la acción del Espíritu en la historia, como un momento “inductivo” de la teología. Así, por lo tanto, no se trata simplemente que las comunidades eclesiales de base se reúnan a estudiar la Biblia, sino a escuchar la palabra de Dios y con ella discernir la realidad que se está viviendo. El método deductivo aplicado a la interpretación de la Escritura trasunta, en cambio, un temor a lo real, desde el punto de vista afectivo.

La palabra de Dios llega por muchas vías, por cierto a través de la Escritura, que tiene carácter normativo, pero que también está expuesta a la interpretación. Ya Melchor Cano en el siglo XVI admitió que la historia era un lugar teológico, procurando hacerse cargo del reto de los humanismos del Renacimiento.

Hemos leído mal la Biblia alrededor de dieciocho siglos, de modo que corregir eso no se consigue en cincuenta años y son cambios que precisan de mucha paciencia y perseverancia. Hay que educar para una conciencia hermenéutica crítica y hacernos cargo de la realidad, volvernos vulnerables, exponernos a la crítica, escuchar, convivir, esforzarnos por comprender. Del mismo modo, la eclesiología que nos rige se formó en un milenio y no se puede corregir de un plumazo. Y la admisibilidad de que fuera de la Iglesia se encuentran muchos elementos de santificación y de verdad, que inducen hacia la unidad católica, en términos que se afirma matizadamente ya no que la Iglesia católica “es” la Iglesia de Cristo, sino que la Iglesia se Cristo “subsiste” en la Iglesia católica (*Lumen Gentium* 8), bueno, eso es un modo de abordar la “verdad” católica con matices y sin sectarismo, con apertura y espíritu de diálogo interconfesional e interreligioso, y con la generalidad del mundo.

Desgraciadamente, perviven muchas actitudes defensivas que niegan estos movimientos nuevos en la autocomprensión de la Iglesia y de su lugar en el mundo, pero que, mirado con la paciencia y perseverancia a que se hizo mención más arriba, constituyen fenómenos normales y que cabía esperar. Así, es inevitable que se produzcan episodios como el de los correos entre los dos cardenales chilenos revelados en los medios de comunicación y que trasuntan una cierta concepción de ser custodios de la verdad (“hasta la efusión de la sangre”, como se justificó el cardenal Ezzati de una manera que a muchos resulta chocante), concepción que en la práctica opera como una apropiación de lo sagrado que la sensibilidad del Concilio no promueve. El hecho religioso precisa ser muy discernido, porque puede terminar haciendo mucho daño según qué formas adopte. El problema es especialmente sensible para quienes ejercen algún tipo de funciones dentro de la Iglesia.

Este movimiento sincopado entre la sensibilidad conciliar y ciertas instituciones muy antiguas y arraigadas en el modo de comprenderse que tiene la propia Iglesia, produce algunos fenómenos que mirados con distancia llegan a ser incomprensibles. Por ejemplo, que hacia el interior de la Iglesia el diálogo sea muy difícil, que se adviertan prácticas de auténtica guerrilla con poca fraternidad y tanta dificultad para la escucha recíproca, mientras que hacia afuera la Iglesia muchas veces presta servicios auténticos orientados a la mejor comprensión mutua entre distintos grupos que habían permanecido en conflicto.

Crisis de confianza en los liderazgos

La lectura sugerida para esta reunión correspondía a un texto del Dr. Ricardo Capponi. En su estructura fundamental -la descripción de los liderazgos con rasgos narcisistas y maníacos-, el texto hizo sentido en el grupo y ayudó a identificar comportamientos e instituciones tanto intraeclesiales como sociales. Parte de las cuestiones que se mencionaron en la parte anterior del acta -esa autopercepción eclesial de ser guardianes de la verdad y que da pábulo a comportamientos autoritarios y sectarios- se advierte en otros liderazgos de la sociedad. Un aspecto en que esto se expresa es la enorme dificultad de los liderazgos para exponerse a escrutinio crítico -para solicitar opiniones ponderadas que les permitan ver sus propios puntos ciegos y corregir sus errores a tiempo con modestia y sentido de servicio- y la consiguiente capacidad -a ratos asombrosa- de negación frente a situaciones críticas que son palmarias. Una de las cuestiones más impresionantes de la crisis de liderazgos en este último año en Chile es la persistente conducta de los líderes para justificarse a sí mismos cuando son sorprendidos en faltas flagrantes, ya sea que se trate de un senador financiado ilegalmente, de un cardenal sorprendido -a través de medios lícitos o ilícitos- realizando maniobras de baja política para discriminar a víctimas de abusos en nombre de la defensa de la verdad, o de un empresario corruptor de autoridades que se escuda en su capacidad de crear puestos de trabajo.

Pero así como se habló de narcisismo de los líderes, también lo hay de los gobernados, que se traduciría en una deficiente gestión de las expectativas y una intolerancia a la frustración frente al fracaso de los liderazgos, que se haría manifiesta en la virulencia con que se expresa la opinión pública especialmente en las redes sociales. Las personas están cada vez más juzgando con niveles de exigencia altísimos, con poca disposición a entender el comportamiento ajeno -incluso ahí donde ese comportamiento pueda ser reprochable en todo o en parte-. Hay un exceso de aspereza, manifiesto en la tendencia a faltarnos generalizadamente el respeto, a ridiculizar a los otros, a retratarlos mediante simplificaciones que no les hacen justicia. Hay mucho sarcasmo e insolencia. Se han creado instituciones, como los muros con confesiones en Facebook, donde se realiza con normalidad lo que cabe considerar asesinatos de imagen. Tal vez hay una violencia que se ha ido acumulando -en parte por vernos expuestos a situaciones de agresividad constantes- y que al no ser trabajada se expresa de muy mala forma cuando finalmente se exterioriza. Pero no parece ser un fenómeno atribuible a los más jóvenes, sino que vendría siendo algo más epocal.

Una vía de enfrentar esta circunstancia es con una más decidida educación moral, entendida como capacidad de razonamiento y diálogo moral. Llama la atención que junto con los rasgos preocupantes de agresividad y falta de compasión en el trato mutuo -y muchos síntomas de violencia que se expresan en lo privado y lo público, en la familia y en el trabajo, en los medios de transporte, en los medios de comunicación, etc.- hay también rasgos de socialización más interesantes desde el punto de vista de promover una visión esperanzada del presente. Se trata de rasgos que no han terminado de cristalizar todavía en una figura humana consistente, pero que tiene elementos de una humanidad futura que reúne

lucidez, modestia, sensibilidad social, autonomía y solidaridad. Las formas cívicas en que ello se expresa son a veces tenues. Se advierte en generaciones más jóvenes una suerte de liberalismo con sensibilidad social: importantes procesos de individuación pero con simpatía hacia lo común -cuidado del medio ambiente, defensa de los derechos de otros más vulnerables-, una distancia irónica hacia el poder y una suerte de bondad hacia los que han tenido menos fortuna y compiten en condiciones de desigualdad allí donde se intenta imponer la competencia sin solidaridad. Pero no se advierte una toma de las responsabilidades cívicas en la envergadura que se precisa. Parece prevalecer allí todavía un fuerte sentido de privatización de los proyectos de vida, pese a no pocas iniciativas que no siendo estatales sí procuran hacerse cargo de lo público (por ejemplo, iniciativas como Educación 2020 o Techo).

Jueves 22 de octubre

Participan Diego Irrázaval, Cristián Johansson, Luis Hernán Errázuriz, Ana María Vicuña, Jorge Costadoat, Sylvia Vega, Diego García.

La reunión fue motivada con la lectura de un capítulo del libro de José Antonio Pagola, *Jesús, aproximación histórica*. El capítulo en cuestión, nº 12, “Conflictivo y peligroso”, realiza un estudio histórico-teológico de la explicación de por qué hubo grupos que quisieron matar a Jesús. El texto explica al lector profano cómo es que ciertas afirmaciones textuales de la Sagrada Escritura no necesariamente se corresponden con lo que históricamente es más plausible (por ejemplo, qué tan conflictiva fue la relación entre Jesús y los fariseos).

Una primera parte de la conversación se orientó a explicar aspectos de la construcción de los textos bíblicos. Para los lectores profanos, fue sorprendente saber que sólo un porcentaje menor de los textos se corresponde con lo que históricamente aconteció, o con los dichos y acciones de Jesús. Así, pues, sabemos que Jesús empleó la expresión “Abba” para referirse a Dios no como Señor sino como Padre, y que eso es muy significativo. Pero muchos otros pasajes son reconstrucciones a partir de retazos al interior de una cultura con una enorme capacidad de retención y transmisión oral de los acontecimientos. Lo más impactante del caso es que la conciencia de esta construcción textual es reciente, no más de los últimos doscientos años. El esfuerzo de Pagola es por evitar que se produzca un quiebre entre la comprensión de lo histórico y lo teológico, de los hechos probablemente acontecidos y aquello que constituyó la creencia o fe en Jesús de la Iglesia más temprana.

Luego, otro aspecto que llamó la atención fue la relación de Jesús con la elite sacerdotal. Jesús no fue sacerdote, su muerte fue decidida con la decisiva participación de un grupo sacerdotal, y en las primeras comunidades cristianas no hubo sacerdotes sino presbíteros. Sin embargo, lo que hoy parece estar en crisis es una versión sacerdotal del cristianismo, que se va imponiendo hacia el primer milenio de nuestra era. Entonces, los sacerdotes entran a sus anchas a administrar un ritualismo sacrificial, y estableciendo todo tipo de separaciones: Iglesia / mundo; sagrado / profano; varones / mujeres, etc. A este grupo le viene muy bien el legalismo, el dogmatismo, el formalismo. Los primeros cristianos no compartían este modo de organizar la Iglesia, tampoco San Pablo. El Concilio Vaticano II se da cuenta que esta versión sacerdotal del cristianismo constituye un problema. El cristianismo ha de dar buenas noticias, promover el encuentro entre las personas. Ocurre entonces que en el mundo están aconteciendo, en medio de cosas terribles, muchas otras de gran belleza que concuerdan con ese impulso conciliar, mientras que el grupo sacerdotal tiende a vivir en parte de espaldas a eso, peleando contra fantasmas.

Las opiniones del grupo se decantaron en dos grandes afirmaciones, que no son incompatibles entre sí

aunque se sitúan en planos distintos de apreciación. Una de ellas reafirma lo dicho más arriba en orden a que el cristianismo suscita experiencias de Dios de gran belleza que ocurren al margen de esta estructura sacerdotal sucintamente descrita. Se ponen ejemplos como los bailes religiosos, muy refractarios a la autoridad jerárquica, y multitud de otras prácticas sencillas y locales, de gran vitalidad pese a su a ratos escasa visibilidad. En esas experiencias de Dios, lo medular es el encuentro entre las personas. Hay modelos no sacerdotales en el vida monástica, en la religiosidad popular, en los diversos movimientos de espiritualidad. A veces la relación más formal con lo que solemos entender como Iglesia es sólo intermitente. Pero eso tiene también valor en el entendido que expresa que Dios no le pertenece a la Iglesia como institución, y que ayuda a disolver los límites “adentro / afuera” que toda institucionalidad produce, y que la universalidad del catolicismo querría superar.

La otra opinión no niega lo anterior, pero afirma que lo sagrado es una dimensión antropológica inextirpable, y eso tiene su estatus, lo que ha traído consigo una **organización** alrededor de lo sagrado, que no es igualitaria ni puede serlo. Así, aunque el modelo sacerdotal pudiera estar en crisis, lo cierto es que el pronóstico de Iván Illich en orden a que el clero se desvanece, formulada en los años '60, no se ha cumplido. Todas las experiencias en el párrafo anterior son reales y valiosas, pero en la organización general de la vida de la Iglesia carecen de peso. Son experiencias que no han articulado lo sagrado con la dimensión del poder, y esta organización del poder parece ser una ley de hierro en la sociología de las organizaciones. Por esa razón, por esa falta de articulación con la dimensión del poder (que no es ni ejercicio del poder ni control efectivo sobre quienes lo detentan) es que esas experiencias de intermitencia, por ejemplo, son vividas como una suerte de orfandad y al mismo tiempo con perseverancia. Y para quienes han vivido con esa organización alrededor de lo sagrado como si se tratara de algo natural, la distancia a convertirse sólo en rebaño, en la acepción menos feliz del término, es muy breve.

Otra opinión que ayudó a hacer más compleja la conversación, sostuvo que se echa de menos la expresión de lo sagrado como significando un quiebre de lo cotidiano. Lo sagrado no puede ser trivial. Se consideró que en el momento actual hay “mucho guitarreo” y que otras formas de expresión estética esperan su momento de entrar en la vida de la Iglesia, así como otras formas de expresión de la piedad más tradicional y ahora menos usuales se echan algo de menos. No obstante, esta opinión suscitó otra, y es que lo sagrado no es sinónimo de lo estético o lo ornamental. No lo excluye, pero no se identifica simplemente con ello. De hecho, la liturgia del jueves santo -el obispo reunido con los sacerdotes- opera como una autoglorificación exhuberante del propio clero que poca conexión guarda con la vida del pueblo creyente. Lo sagrado es más que sus expresiones visibles y solemnes, es allí donde se produce ese encuentro a que se hizo mención más arriba, donde hay humildad y respeto. Es decir, “donde dos o más se reúnen en mi nombre, ahí estoy en medio de ellos” (Mt 18, 20), se entiende que se verifica cada vez que entre nosotros hay muestras de calidad humana.

Una afirmación persistente en el grupo es que las personas tienen anhelo de infinito, pero la forma de institucionalizar lo religioso no facilita esa experiencia. La desilusión es tal que muchos abandonan ese anhelo. Evidentemente hay también factores externos, como el avance de la secularización y en las sociedades de consumo, el predominio de la entretención, en un presente perpetuo que no deja proyectar nada en horizontes de tiempo mayores, suprimiendo la pregunta por la trascendencia y el sentido. Pero, si somos imagen y semejanza de Dios, hay que apostar por ese anhelo de infinito. Pero si retomamos lo que se dijo poco antes, es decir, que lo sagrado se relaciona también con las experiencias de encuentro humano, cabe pensar un vuelco a lo sagrado en la experiencia comunitaria. Tanto Rahner como Ratzinger visualizaron un futuro de una Iglesia de pequeñas comunidades, y no una Iglesia de masas. Esa aspiración de vidas compartidas y progresivamente inclusivas de otros, donde se practica

festivamente el cuidado mutuo, es algo que también se anhela en contextos laicos. ¿No hay algo de eso también en el propósito de personalizar la educación y tener cursos más pequeños en cuanto al número de sus estudiantes y así estar más con cada uno de ellos?

Un último aspecto que surgió de la lectura, se relaciona con el coraje de Jesús para enfrentar y no rehuir el conflicto. En eso, tenemos una dificultad enorme para aceptar la conflictividad y hacer de ella posibilidad de crecimiento y construcción. Más bien, percibimos el conflicto como lo que nos a va a quebrar irremisiblemente, y por eso lo evitamos. Finalmente, lo mejor que sabemos hacer es un respeto falso, que es una cierta urbanidad que disimula nuestra indisposición a convivir con el otro que me resulta ajeno. En Chile no cuesta nada dividir, y al rehuir el conflicto tal vez lo entendemos como una forma de supervivencia, porque cuando entramos al conflicto, en Chile aflora la bestia. En silencio, nos aguantamos más y funcionamos mejor, pero con eso cultivamos el sectarismo también. Entonces, en la Iglesia abundan los circuitos cerrados, cada cual se busca el lugar donde se siente cómodo pero con eso no cultiva lo que algunos llaman “pluralismo o diálogo intrarreligioso”. Uno de los integrantes nos cuenta de una reunión del clero zonal, y en esa reunión había varios sacerdotes que eran de la Parroquia de El Bosque, discípulos de Karadima. Han expresado su intención de pedir perdón, pero querrían volver a ser aceptados en la comunidad. Fue un momento muy emocionante para los que estuvieron presentes con gestos recíprocos de gran valía, y sin embargo, con la percepción muy patente de la dificultad para abordar nuestros conflictos y darles una salida de buena calidad. Esto es así entre los propios sacerdotes.

Jueves 19 de noviembre

Participan: Diego Irrázaval, Luis Hernán Errázuriz, Ana María Vicuña, Jorge Costadoat, Sylvia Vega, Isabel Donoso, Juan Pablo Jiménez, Samuel Yáñez, Diego García.

Participó por primera vez de la reunión del grupo Juan Pablo Jiménez, a quien damos la bienvenida.

En la reunión de noviembre comentamos un texto de Pedro Trigo sobre diversas formas de cristianismo en América Latina, que se han ido fragmentando desde la década de 1960. Ello dio origen a una conversación donde, aparte de constatar identificaciones mayores o menores con cada una de esas formas –u otras no contempladas en la lectura- tomó cuerpo la preocupación sobre distintos “-ismos” que pueblan la escena socioreligiosa: integrismo, fanatismo, chovinismo, dogmatismo, sectarismo, entre otros. Particularmente, lo que se denomina de modo genérico “fundamentalismo” el que no sólo es religioso y puede ser también político, económico, nacionalista, etc. Las personas fundamentalistas suelen ser frágiles ante situaciones de estrés, pero aparentan ser precisamente lo contrario para responder a esa fragilidad.

Comparado con la experiencia de visitar cultos de otras confesiones religiosas –como una sinagoga o un culto protestante- algunos han observado que ciertos contextos católicos realizan una sacralización de personas o estructuras que por definición debieran considerarse provisionales y expuestas a la fragilidad y al cambio, en beneficio de una mayor seguridad y claridad como respuesta ante contextos donde la incertidumbre es experimentada como amenaza. En cambio, en la sinagoga o en algunos cultos reformados la experiencia de la comunidad que co-participa junto al oficiante produce vivencias de pertenencia y responsabilidad mutua más logradas que ciertas prácticas católicas en las que hay todavía mucha distancia entre el celebrante y la comunidad. Esa distancia se extiende más allá del culto. El sacerdote católico se va haciendo lejano de nuestro mundo cotidiano, mucho más aún en contextos de individualización más agudos. En eso, la Iglesia experimenta una lejanía del mundo que

es parecida a las de otras instituciones con vocación de representación, como los partidos políticos por ejemplo.

¿Tiene remedio esta situación de lejanía? No es fácil la respuesta, porque la militancia católica más activa no es abundante y porque el imaginario que tiene instalado descansa en la existencia de este personal religioso especializado. La vida del laico es dispersa, ¿cómo podríamos prescindir del consagrado? ¿Quién se ofrece a suplirlo? Es un círculo vicioso, pues ni religiosos ni laicos conciben de momento que la responsabilidad por llevar adelante la Iglesia sea realmente compartida. El propio laicado es muy clericalista, atribuye mucha autoridad a un modelo que muestra señales evidentes de agotamiento.

Ciertamente, muchos laicos llevan una militancia muy comprometida en medio del mundo de lo disperso, pero eso no impacta eclesiológicamente en una Iglesia de responsabilidades compartidas, sino más en un testimonio de militancia que, aunque activa, tiende a la invisibilidad porque además es muy pudoroso de incurrir en cualquier práctica que pueda oler a proselitismo. Hay muchas experiencias de comunidades donde se realiza el encuentro en torno de un Dios vivo, pero es difícil que ahora mismo esas comunidades se vean a sí mismas como “pueblo sacerdotal”. En suma, hay una sensación de crisis muy generalizada, y una percepción en orden a que la solución ha de venir “desde abajo”, pero esta afirmación parece ser hecha por un observador externo, y no es asumida por los propios agentes llamados a ser los protagonistas de ese cambio.

Ese cambio “desde abajo” ha de producirse tanto hacia el interior como en la relación con otros credos y espiritualidades. Una espiritualidad más orientada al diálogo y al encuentro con el prójimo donde quiera que se encuentre.

Entre las dificultades de este contexto está el hecho que la transmisión de la fe se ha hecho muy difícil también. Más arriba se hizo mención a los procesos de individuación que son muy individualistas. ¿Cómo se evangeliza un mundo donde el problema no es sólo la decepción ante el descrédito de las instituciones –entre ellas la propia Iglesia- sino la indiferencia ante las mismas? Así pues, se trata de una lucha en al menos dos frentes: el surgimiento de alternativas religiosas frente a las que la Iglesia se encuentra más bien descolocada –por una parte- y, por la otra, la indiferencia frente al hecho religioso mismo en estos contextos de “individuación individualista”, que privilegian otras formas de vida dentro de una lógica que algunos llaman “estética del consumo”, donde todo es lábil en un presente continuo que inhibe la formulación de un proyecto de vida de más largo aliento (y que requiere la formación de un carácter capaz de encarar compromisos fuertes, no sólo a nivel de “doctrina” sino de proyectos humanos: familia, crianza, civismo, etc). En esta estética del consumo se producen paradojas como la continua exhibición de los individuos en las redes sociales –lo que aparenta ser una posibilidad de “pertenencia” que las comunidades tradicionales ya no proveen tan satisfactoriamente como antes-, pero con una superficialidad que oculta también soledades muy profundas.